

La magia del mundo afro-caribeño en los dibujos de Augusto Silva

María Dolores G. Torres

Con el dibujo se inicia la actividad creativa del hombre y desde la más remota antigüedad - Altamira y Lascaux- ha registrado el devenir de la humanidad. Ligado a la magia y a la religión en sus comienzos, y a la recreación estética después, ha servido para representar el mundo interior y exterior del artista en forma realista unas veces; poética y abstracta, otras. El dibujo, además, ha revelado no sólo la evolución de los estilos artísticos, sino la personalidad y el entorno cultural de sus autores.

Augusto Silva (1968) ha optado por el dibujo para mostrarnos el mundo mágico de su ciudad natal -Puerto Cabezas- recreado mediante un conjunto de símbolos visuales que registran de manera tangible los mitos, leyendas y actividades cotidianas de Zelaya Norte. Inscrito dentro de su propia tradición cultural -el mundo de la Costa Atlántica y lo afro-caribeño- presenta la raza negra como el más importante tema de sus obras, utilizando un vocabulario expresivo sumamente personal e innovador.

Acostumbrados a la tradición estética imperante en la zona nicaragüense del Pacífico, arraigada a la tradición occidental desde la época colonial e influida por el substrato prehispánico en sus recientes manifestaciones modernas, resulta sumamente enriquecedor contemplar en la obra de este joven pintor, un universo de formas que responden a una cultura étnica distinta, ligada al arte africano. La participación del arte negro dentro de la cultura universal, se ha evidenciado desde principios de siglo; tanto Picasso como Matisse legitimaron en sus obras el arte tribal africano, revitalizando la tradición estética occidental cuando ésta había lle-

gado a un callejón sin salida. El cubano Wilfredo Lam también supo incorporar a su obra toda la influencia del arte africano, rompiendo con las formulas académicas y reaccionando contra una forma de expresión agonizante. De manera análoga, Augusto Silva recurre a este arte, el afro-caribeño, para fundir en su obra la tradición cultural del Atlántico nicaragüense con una aportación estética sumamente personal.

La temática de Augusto Silva está relacionada con un mundo de recuerdos que parten de las áreas rurales de su región natal: «Mujeres bailando», «Mujeres con pijibayes», «Sukia», «Mi amiga del colegio moravo»... y en ellos, la mujer, generalmente misquita, adquiere un papel protagónico. Este protagonismo de la mujer en la obra de Augusto Silva no es ocioso; obedece a la importancia que la mujer costeña tiene dentro de las comunidades indígenas, como transmisora de la tradición cultural desde los lejanos años en que los hombres comenzaron a trabajar en las minas, durante el efímero período del «gold-rush» Atlántico. Ante la transculturación iniciada por el hombre, la mujer mantiene viva la llama de la tradición, de los mitos, las leyendas, y el hogar. Por esa razón, la mujer mantiene una presencia constante en casi todos los dibujos de Augusto Silva: bailando, preparándose para la fiesta grande, descansando en el corredor, vendiendo pijibayes, cargando bananos o simplemente soñando bajo la luz de la luna llena.

Sus figuras femeninas carecen de la voluptuosa sensualidad que algunos pintores nicaragüenses les han conferido, en este tipo de temas. Son, por el contrario, un ejemplo notable de



estilización casi geométrica; figuras que mantienen la impronta de las esculturas africanas de Gabón, Camerún y Nigeria en su austera simplicidad, sin caer en el folclorismo facilista. Una gran economía expresiva caracteriza a todas estas representaciones; rostros donde impera la estética de la máscara africana con la misma línea para formar ojos, nariz y cejas, uno de los recursos más primitivos dentro de las manifestaciones pictóricas. Su composición está estructurada en base a un sistema de líneas horizontales, verticales y oblicuas, y dominada por una rítmica repetición de elementos: rectángulos, triángulos, rombos, círculos, líneas paralelas y puntos que representan, indistintamente, rostros, brazos y piernas, soles y lunas, los esbeltos tallos de un bambú; o bien, describen profusamente los elementos decorativos de los vistosos atuendos femeninos, las frutas tropicales o garzas pescando. Paralelamente a la parquedad expresiva, se destaca la parquedad cromática: colores acuosos -gama de los azules turquesas y los

verdes grisáceos- para sugerir el clima lluvioso de la pluviselva Atlántica. Reserva, sin embargo, los marrones oscuros sombreados de gris, para el negro de la piel; los rojos carmesí, los lilas y los fucsias, para los objetos inanimados o para resaltar los patrones decorativos de las telas con sus brillantes estampados. Toda la estructura compositiva de Augusto Silva está basada en repeticiones rítmicas: las formas circulares para representar el sol y la luna, las líneas oblicuas para los tallos del bambú y para el diseño geométrico de los gallos, las formas tubulares y alargadas para los cuellos de las garzas pescando y las formas puntia- gudas y afiliadas como un cuchillo, para los largos picos. Las líneas que se incurvan formando complicados ángulos, son sin duda, una constante dentro de las composiciones pictóricas de Augusto Silva.

Un mundo de imágenes plásticas relacionadas con las celebraciones rituales y mágico religiosas está presente en su obra: las danzas para asegurar buenas cosechas, salud y fertilidad, sin omitir los gallos ahuyentadores de malos espíritus, o a Sukia el mago adivino, el «medicine-man», que no sólo cura enfermedades sino que predice acontecimientos. Augusto Silva se ha dedicado a ilustrar la vida de una serie de comunidades que viven en contacto directo con la naturaleza y ligados a la celebración de actos religiosos que aseguran las relaciones armoniosas con sus legendarios antepasados. Animado por su pasado cultural, comenzó a componer sus cuadros para hacer de la cultura africana y caribeña su más importante temática. Aprendió a traducir los colores y el ritmo sincopado de su música a través de un lenguaje esencialmente geométrico, lleno de imágenes estilizadas, de colorido plano y contornos bien definidos por los trazos claros y precisos del dibujo.

Si dentro del mundo afro-caribeño, la tradición para el hombre negro consiste en heredar un espíritu y revitalizarlo, Augusto Silva, a través de sus obras, ha logrado revivir las tradiciones de las comunidades indígenas retornando a una de sus más profundas raíces: el arte tribal africano, descubierto por Matisse y Picasso en los albores del siglo veinte. □